

Canto de pájaros, paisaje urbano y confinamiento¹

Martha Cecilia Cedeño-Pérez²

Resumen

La crisis sanitaria ocasionada por el Covid-19 ha supuesto cambios inesperados y drásticos en la vida cotidiana de las personas y el descubrimiento de una realidad urbana plena de desigualdades, de fragmentaciones y de exclusiones evidentes en aspectos como la calidad de la vivienda y del espacio público, por ejemplo. Sin embargo, también ha implicado una revaloración del paisaje citadino entendido como la expresión material del hábitat urbano (Pérez, 2000) conformado por las comarcas públicas y los elementos que las configura cuyos atributos hacen posible -o no- una calidad estética (Briceño-Ávila, 2018) importante a la hora de vivirlo y llenarlo de sentido. Y, más allá, el período de confinamiento permitió el resurgimiento de la naturaleza en una urbe sin pasos ni murmullos y el descubrimiento de una ciudad otra plena de nuevas visiones, de aromas y sonidos; remozada con cantos de pájaros en las calles y las esquinas.



El propósito de esta comunicación es brindar un panorama general de las transformaciones físicas y perceptuales del paisaje urbano de un sector de L`Hospitalet de Llobregat (Barcelona) durante el confinamiento, cuya base es una revisión de documentos académicos e informes presentados en medios

1 Este artículo forma parte de una comunicación presentada en el VII Congreso de Ciencia y Arte del Paisaje, Academia Mexicana del Paisaje, Guadalajara, México, 2020.

2 Doctora en Antropología del espacio y el territorio por la Universidad de Barcelona. Integrante del Observatori d'Antropologia del conflicte Urbà (OACU, Universidad de Barcelona), del equipo editorial de la Revista Perifèria, Universidad Autónoma de Barcelona y de la Academia Huilense de Historia. Correo electrónico: lunera2107@gmail.com

de comunicación y una etnografía realizada desde finales de marzo hasta mediados de junio de 2020.

Palabras clave: paisaje; espacio urbano; diseño del paisaje; zona urbana; espacio público; pandemia; COVID-19.

Introducción

En términos generales el paisaje está configurado por dos dimensiones estructurantes; la materialidad física y la perceptualidad. En el primer caso atiende a los elementos de tipo cultural y/o natural que lo integran; y en el segundo, a las percepciones de quien lo observa con la consecuente elaboración de imágenes y sensaciones. Ello significa que existe un diálogo entre las personas y el territorio en el sentido de que ambas categorías se necesitan e interactúan de manera estrecha. Una no puede existir sin la otra y viceversa. El paisaje natural, por ejemplo, solo cobra sentido cuando hay alguien que lo habita, lo siente, lo dota de significados. Desde este punto de vista se podría decir con Waterman y Wall (2013) que el paisaje también se construye mediante las prácticas, las representaciones e interpretaciones de quienes lo viven.

Lo anterior implica unas relaciones de interdependencia cuyos límites son muy frágiles: la acción del ser humano puede, efectivamente, transformar y destruir un paisaje de muchas maneras, incluso en términos negativos. Así, por ejemplo, la destrucción del hábitat natural, tal como lo indican Azevedo, J., Luque, S., Dobbs, C., Sanesi, G. y Sunderland, T. (2020).

(...) is one of the main drivers, not just of species loss but also of spread of diseases. Physical changes in habitats and in the environment can affect populations of disease-related organisms through changes in climatic conditions and the creation of new breeding sites for disease vectors, favoring the emergence of zoonotic diseases (p. 2)

Por ello es necesario fijar la atención en el paisaje urbano teniendo en cuenta dos aspectos fundamentales. El primero de ellos es que la ciudad es el hábitat de más de la mitad de la población mundial (el 56,27% según datos del Banco Mundial); de ahí la necesidad de una infraestructura verde que provea servicios ecosistémicos, producción alimentaria y otros beneficios que

contribuyan a la salud mental de las personas de manera cotidiana y durante períodos excepcionales como los de crisis sanitarias. En ese sentido si se dota al paisaje de espacios verdes accesibles y de calidad con la cantidad y distribución adecuada se garantiza que las ciudades estén mejor preparadas para afrontar una situación de encerramiento y semiencerramiento como las vividas en el año 2020.

La segunda cuestión se relaciona con el hecho de que los paisajes urbanos pueden funcionar como

barriers, buffers, or low contagion spatial systems, can contribute to halt or slow down the spread of diseases. Improving urban green infrastructure and green spaces accessibility and distribution can aid in changing the mobility patterns that have led to higher rates of contagion and incidence of the pandemic (p. 5)

Desde esa perspectiva es necesario que los centros urbanos tomen medidas fundamentales para garantizar la cantidad adecuada de espacio verde según el número de habitantes; la cualificación de los espacios existentes en términos de accesibilidad, variedad y sentido ecológico; el aprovechamiento de espacios vacíos o intersticiales para la construcción de espacio verde de calidad; la implementación de políticas de rehabilitación de viviendas de tal manera que se garantice la iluminación natural y la oxigenación o la creación y/o adecuación de balcones. Junto con ello sería también interesante adecuar los terrados (azoteas) para convertirlos en lugares en los cuales cada habitante de un edificio pueda tener su propio jardín y plantar hierbas aromáticas o verduras de temporada para enfocar dicho espacio como un lugar abierto en el que se pueda airear los pulmones y la esperanza.

La transformación de las áreas urbanas es urgente y necesaria debido a que en dichas comarcas conviven millones de personas en un espacio reducido lo que se traduce en altos índices de hacinamiento, en precariedad habitacional y en carencia de espacios verdes de calidad; factores que, en tiempos de pandemia como los que se están viviendo, impiden hacer frente de manera efectiva a la enfermedad provocada por el Covid-19.

La comunicación que aquí se presenta es el resultado de un proceso de investigación de corte descriptivo cuyo objetivo fundamental es descubrir los cambios en el paisaje urbano del barrio Pubilla Cases de L`Hospitalet de Llobregat (Barcelona) a raíz del Estado de alarma sanitaria vivido en España

por el Covid 19, cuya principal medida fue el confinamiento de la población del 15 de marzo al 20 de junio de 2020.

Algunos elementos metodológicos

Para llevar a cabo este proceso de investigación, en primera instancia, se realizó un trabajo etnográfico clásico en el que la observación naturalista fue la técnica fundamental empleada. Este ejercicio realizó dos veces a la semana durante los tres meses que duró el confinamiento. Para ello se utilizó un diario de campo y el teléfono móvil que permitió hacer imágenes de los lugares por los cuales se trashumaba durante el corto lapso de los paseos. El tiempo de observación fue de 30 a 60 minutos y se hizo totalmente en movimiento porque los bancos estaban clausurados y no estaba permitido permanecer mucho tiempo en la calle. Esos recorridos se realizaron partiendo de la calle Roses, hacia la avenida Severo Ochoa dirección norte hasta el centro Comercial Finestrelles. Algunas veces se giró por la carretera de Collblanc hasta la avenida Tomàs Giménez y luego bajaba por la Avenida Isabel la Catòlica y finalmente a la Avenida Vinaroz para llegar al punto de partida, tal como se muestra en la siguiente figura:



Figura 1. Ruta de paseo y observación durante el confinamiento en Pubilla Cases. Fuente: Google Maps

En segunda instancia se realizó una búsqueda documental de artículos publicados en revistas indexadas en bases de datos como Redib, Latindex y Redalyc, Google académico, Microsoft Académico y de informes y artículos de prensa publicados en blogs y diarios digitales. Los descriptores fundamentales de búsqueda fueron “urban landscape during the pandemic”, “confinamiento Barcelona”, “confinamiento en L’Hospitalet”, “paisaje urbano en tiempos de pandemia”, “arquitectura y urbanismo en tiempos de pandemia” y “paisaje urbano y crisis”.

En lo que respecta a los informes y artículos en diarios digitales y blogs, se tuvo en cuenta que la temática tratada (pandemia, paisaje y espacio público) hablase sobre Barcelona y L’Hospitalet de Llobregat y que la fecha de publicación estuviese enmarcada entre marzo y septiembre de 2020. También se acudió a la página Web del Ayuntamiento de L’Hospitalet para acceder a datos estadísticos poblacionales y territoriales.

Datos de contexto: una urbe abigarrada

L’Hospitalet de Llobregat es una ciudad que hace parte del área metropolitana de Barcelona; es la segunda con mayor número de habitantes de Catalunya. Administrativamente está dividida en seis distritos conformados por 13 barrios históricamente configurados, a saber: Distrito I, integrado por los barrios Centre, Santfeliu y Sant Josep; Distrito II, por La Torrassa y Collblanc; Distrito III, por Santa Eulàlia y Granvia Sud; Distrito IV, por La Florida y Les Planes; Distrito V, por Can Serra y Pubilla Cases; y Distrito VI, por El Gornal y Bellvitge (Ajuntament de L’Hospitalet, 2019).



Figura 2. Localización de los distritos y los barrios de L'H. Fuente: Cartografía de la Ciudad, Ayuntamiento de L'Hospitalet de Llobregat

Su población en 2019 era de 277.766 personas en una extensión de 12.49 kilómetros, lo que se traduce en una densidad muy elevada; tanto como para ser considerada la ciudad más condensada de Europa (Eustad, 2016; Villaescusa, 2019) con 22.239 habitantes por kilómetro cuadrado (Anuario estadístico de L'Hospitalet, 2019). En un artículo publicado en el diario La Vanguardia, se dice que “En l'Hospitalet de Llobregat, entre Collblanc y la Torrassa, viven 53.119 personas por kilómetro cuadrado, una cifra más elevada que la del distrito XVIII de París, donde viven 52.218 personas por kilómetro cuadrado” (Ruiz Marull, 2018). En ese mismo sentido Peinado (2020) indica en el artículo “La difícil desescalada en los barrios más densos de Madrid y Barcelona”, que:

Los datos del Ayuntamiento confirman que todo el distrito 3 de L'Hospitalet, formado por los barrios de Collblanc y La Torrassa, es uno de los más densos de Europa, con 56.040 habitantes por kilómetro cuadrado. Es un dato que sorprende porque los barrios no son de bloques altos como en otras zonas, sino edificios de cuatro o cinco plantas con pisos pequeños, pero habitualmente compartidos por varias personas. La población, con una edad media de 41 años, es en un 30% de origen extranjero, y la inmigración ha crecido casi un 20% en cinco años.



Figura 3. Plano del barrio Pubilla Cases. Fuente: Google Maps

En el caso del barrio Pubilla Cases, situado en el Distrito V y objeto de estudio de este trabajo, su población en el 2018 era de 29.621 y su densidad de 50.505 personas por kilómetro cuadrado (Anuario Estadístico de L'Hospitalet, 2019). Está ubicado al noreste de L'Hospitalet y limita con las ciudades de Barcelona y Esplugues de Llobregat, y con los barrios Collblanc, La Florida y Can Serra.

Pubilla Cases no siempre fue un barrio denso y vulnerable. A comienzos del siglo XX en el Plan de Ensanche proyectado por el arquitecto Puig y Gairalt en 1926 se pensó como “una ciudad jardín con plazas y calles radiales que se iban extendiendo como una red” (Vidal i Jansà, 2013, p. 32); sin embargo esta idea arquitectónica no pudo concretarse y de ella sólo queda el trazado de algunas calles y pequeñas plazas que recuerdan el jardín que nunca fue. En la actualidad es un barrio denso, con viviendas precarias y envejecidas, con falta de equipamientos y de espacio público. En ese sentido merece la pena volver sobre algunos datos del Anuario estadístico (2019) en donde, entre otras cosas, se muestra la existencia de una precariedad en el arbolado viario en dicho sector y la escasez de servicios en el espacio público como juegos infantiles, áreas deportivas, corredores arbolados y parques.

Es importante anotar que la mayoría de la edificaciones de este sector –y de gran parte de la ciudad- se construyó en las décadas de los años 50 y 60 del siglo XX, durante el fuerte proceso inmigratorio procedente de las zonas más pobres de España³; entonces era necesario alojar a las miles de personas recién llegadas así que las viviendas se hicieron sobre la base de la necesidad, la premura y la autoconstrucción, sin planes urbanos estructurados, sin diseño y sin controles de calidad que permitiera el mejoramiento de las condiciones de vida de sus habitantes” (Villaescusa, 2020; Cedeño Pérez, 2006). Las consecuencias de dicha situación perviven hasta hoy agudizándose con nuevos fenómenos como los procesos de gentrificación que disparan el precio del suelo, expulsan a la población originaria, encarecen el costo de vida y motivan la especulación urbanística. Un fenómeno más que se suma a los recorridos de una pésima planeación urbana y a la indiferencia política para establecer estrategias de revitalización de viviendas, de mejoramiento del espacio público existente y del aumento del mismo a partir del aprovechamiento de áreas verdes abandonadas o intersticiales.

3 L'Hospitalet de Llobregat ha sido, históricamente, una ciudad de acogida; durante el siglo XX de personas de las zonas más vulnerables de España; y en el siglo XXI de aquellas procedentes de las regiones más desamparadas del mundo. Y en ambos casos el motivo ha sido el mismo: mejorar las condiciones de vida. Así que los procesos de inmigración están imbricados en el devenir de la ciudad con todas sus connotaciones sociales, culturales, económicas y políticas.

El breve panorama enunciado hasta aquí permite dilucidar algunas de las características de la ciudad de L'Hospitalet. Por un lado, una alta densidad poblacional con sus implicaciones en término de calidad de la vivienda, equipamientos sociales (salud, deporte, cultura) y bienestar económico; y por el otro, en consonancia con lo anterior, la existencia de un paisaje urbano signado por el abigarramiento y la falta de espacio público. Esto último se evidencia en el déficit de “espacio verde respecto al número de habitantes que se cuantifica en 5,14 m² por habitante”⁴ (Plan Director del Verde Urbano de Hospitalet⁵ 2018-2028, 2018, p. 62). De hecho las estadísticas muestran que L'Hospitalet es, junto con Santa Coloma de Gramenet, la ciudad con un menor índice de zonas verdes de Catalunya: 5,57 metros² por habitante; una carencia de más del 50% con respecto a lo que recomienda la OMS (Generalitat de Catalunya, 2017).

En esas circunstancias era previsible que un estado de emergencia sanitaria, tal como el ocasionado por el virus Covid-19, sacara a la luz la precariedad de la vivienda y del espacio público de la ciudad en general y del barrio Pubilla Cases, en particular. El confinamiento desveló la vulnerabilidad habitacional -pisos reducidos, sin ventanas, sin luz natural, sin balcones, sin terrados adaptados, sin jardines...- y también la carencia de espacios como parques, plazas blandas, jardines y paseos arbolados, que son fundamentales a la hora de cualificar la vida de la población en todos los aspectos, especialmente en tiempos de pandemia (Lawanson et al., 2020; Xie et al., 2020).

Soledad y canto de pájaros

Una de los elementos perceptuales más reiterativos durante lo más duro del confinamiento (de mediados de marzo hasta mediados de mayo de 2020) fue la sensación profunda de que el tiempo se había detenido en un día de fiesta: todo el pequeño comercio cerrado, los bancos de las plazas clausurados, las calles vacías y los parques infantiles solitarios. Era como si los habitantes hubiesen, literalmente, desaparecido de un momento a otro. Y ello era un

4 Traducción del catalán original por parte de la autora

5 El Pla Director del Verd Urbà de l'Hospitalet de Llobregat (PDVUH) 2018-2028, fue esbozado con el objetivo de “dissenyar i construir el VERD del futur, respectant el caràcter únic de la ciutat i els seus habitants” (p. 1) que permita el logro de un arbolado sostenible y resiliente (p. 14) y un espacio verde de calidad que “que ofereixi beneficis ambientals, paisatgístics, per a la salut, socials i econòmics per a l'habitabilitat de la ciutat. I tot això fer-ho optimitzant les inversions i les despeses que comporten, i fent una gestió eficaç i eficient dels recursos” (p. 57).

contrasentido sobre todo porque la primavera explotaba bajo un cielo azul y los árboles reverdecidos anunciaban también los días interminables y cálidos. Todo se iluminaba y, sin embargo, todo parecía sin vida. Y ello era muy extraño, especialmente en un sector como éste en donde siempre hay bullicio en la calle, pasos y voces de gente de los cinco continentes; músicas y aromas de aquí y de allá. Visiones de todos los colores. Durante los recorridos sólo rara vez se podía ver a algunos hombres y mujeres que cruzaban las calles con ligereza acompañados de sus mascotas; como lo hacía quien esto escribe. Y el silencio sólo se rompía con los aplausos al personal sanitario a las 8 de la tarde. Entonces llegaba como una ola y se extendía por toda la ciudad para recordar que aún había seres humanos escondidos en su madriguera temerosos de contagiarse de un bicho desconocido y letal.



Figura 4. Paseo arbolado de la Avenida Severo Ochoa (09/04/2020). Fuente: elaboración propia

No obstante la soledad brutal y la ausencia de voces y sonidos humanos dio paso a visiones y cantos naturales: tórtolas, gaviotas, golondrinas, estorninos, gorriónes, mirlos, cotorras argentinas (loros), vencejos, urracas... Y a un reverdecimiento del paisaje: el arbolado de hojas nuevas y las plantas ruderales que se tomaron las hendidias e intersticios de las aceras para brotar libres de pasos. Y a 25 minutos de allí, en las faldas de la Sierra de Collserola los jabalíes, conejos y zorros bajaban hasta las calle para recordar que un día ese lugar fue suyo.

En esas condiciones hubo también una transformación física y perceptual del paisaje. Lo primero, como ya se ha dicho, inscripto por los nuevos sonidos que sustituyeron los producidos por la actividad humana y los coches: el canto de los pájaros. Hubo una vuelta a lo natural; por ello sacar a pasear al perro se convirtió en una posibilidad para sentir la extrañeza en un paisaje urbano que se antojaba más necesario y más verde que nunca. El solo hecho de contemplar un árbol con sus hojas nuevas era una posibilidad de escapar del hormigón, del encierro muchas veces en pisos sin luz natural, sin balcones y sin terrados donde mirar más allá. Un espacio libre para oxigenar la vida presa de incertidumbre e inquietud. Y la transformación perceptual se metaforiza en la expresión ¡hay pájaros en mi barrio!, que indica justo la constancia de nuevos elementos naturales que antes del confinamiento no eran contundentes, no existían o, simplemente, pasaban desapercibidos y que de repente surgen para recordar que hay una parte natural necesaria que debe coexistir con las prácticas humanas y que, desafortunadamente, ha sido olvidada por los planificadores y constructores urbanos, especialmente en ciudades como L'Hospitalet de Llobregat.

Ese remozamiento de la naturaleza que se abre paso aun en los sectores urbanos más densos, indican la necesidad de incluirla dentro de todos los planes urbanísticos que busquen la cualificación de la vida ciudadana y la urgencia de racionalizar el tráfico vehicular y las actividades humanas de tal suerte que estén en consonancia con medidas respetuosas y armonizadoras con el medio ambiente. Y ello queda en evidencia en un hecho fundamental: durante el confinamiento la calidad del aire de Barcelona y su zona metropolitana mejoró notablemente (Observatorio de la Sostenibilidad, 2020). Ello permite enunciar que el medio ambiente urbano fue uno de los beneficiados por el confinamiento de los habitantes de la ciudad, lo que es a toda luces una señal de alerta para emprender acciones contundentes que permitan recualificar cada uno de los sistemas que hacen parte de la vida urbana.



Figura 5. Nuevos ocupantes de los bancos. Fuente: Javier Requena, 2020

La vida en los terrados

Otro factor importante en el paisaje urbano del barrio, evidente desde la parte alta de los edificios, fue la vida de los terrados. Si hasta antes de la pandemia la mayoría de las veces sólo se utilizaba para tender la ropa o para fumar un cigarro, durante el confinamiento se convirtió en un espacio ideal para sentir algo de la libertad perdida. Así estas áreas otrora abandonadas se llenaron durante esos meses de mucha vitalidad. Hombres y mujeres haciendo ejercicio, escuchando música; personas mayores sentadas en sus sillas contemplando el horizonte y la línea plata de la mar; familias utilizándolos como el escenario de juegos de sus hijas e hijos o para hacer una barbacoa o la paella del domingo; gente aplaudiendo a los sanitarios, jugando con sus mascotas, leyendo un libro, tomando el sol...

Como observadora de la vida social nunca había visto tanto movimiento en los terrados. Y ello evidencia la necesidad de remozar y adaptar esos espacios subutilizados y olvidados de los edificios para que funcionen como lugar de

la vida social de los vecinos y vecinas; como espacio para el cultivo de plantas ornamentales y aromáticas e incluso, para cultivar verduras de temporada. La renovación de estas áreas permite oxigenar la vida de quienes habitan viviendas precarias, sin luz natural, sin ventanas, sin balcones, sin el espacio suficiente para vivir de manera digna. Viviendas enfermas que no fueron pensadas para un encerramiento ni tan siquiera para disfrutar de su estancia, sino para solventar una necesidad inmediata de personas cuyo fin último era vender su fuerza de trabajo en fábricas e industrias. La vivienda como un lugar para ir a dormir mientras se vuelve al círculo vicioso del trabajo y la explotación.



Figura 6. Vida en los terrados y balcones (25/04/2020). Fuente: elaboración propia

El paisaje de la “nueva normalidad”

La salida del confinamiento en España se hizo mediante cuatro fases durante las cuales poco a poco se fue llegando a una “nueva normalidad”, según los entes gubernamentales; esta expresión es bastante inexacta y contradictoria pues una normalidad implica muchas cosas y una de ellas NO es la novedad. Sea como fuere, constituyó un proceso para recobrar algo de la libertad perdida. Durante ese lapso hubo cambios considerables en el paisaje del barrio: con la posibilidad de salir a caminar y a hacer deporte las calles, las plazas y los recorridos a la montaña de Collserola se llenaron de deportistas consumados, tanto que era imposible mantener la distancia personal. Fue una eclosión de dinamismo, de sonidos y de pasos que poco a poco fueron

ahuyentando el canto de los pájaros. Y más allá, la constatación de la necesidad de una naturaleza urbana como armonizadora de la vida cotidiana y fuente de resiliencia en época de pandemia (Samuelsson et al. 2020).

La soledad de las esquinas fue dando paso a la presencia de hombres y mujeres, de niños y niñas, de comercios abiertos. Los bancos de las plazas, de los paseos arbolados, de los parques infantiles se marcaron para señalar dónde sentarse y las calles se pintaron con indicaciones para conservar la distancia personal, cosa bastante difícil en algunas aceras del barrio Pubilla Cases en donde es imposible transitar manteniendo la distancia mínima de seguridad. En esas circunstancias deambular por algunas de las aceras dio paso a una serie de fintas y displays que iban más allá de lo planteado por Goffman (1979); y ello se evidenció en el cambio en los movimientos de las personas transeúntes de tal suerte que los giros, las huidas, las miradas se convirtieron en el pan de cada día pues se debía evitar el contacto de todas las maneras posibles ya que, quien venía de frente o pasaba por nuestro lado era un/a contagiador/a en potencia. El miedo viviendo en cada requiebro, en cada mirada de las personas sin rostro.



Figuras 7 y 8. Señalética en tiempos de pandemia. Fuente: elaboración propia

La denominada “nueva normalidad” provocó no sólo cambios físicos en el paisaje concretados, especialmente, en las indicaciones del ayuntamiento para controlar el comportamiento de las personas relacionadas con dónde sentarse, cómo circular por las aceras, cómo mantenerse a salvo del virus mientras se transita por las calles del barrio y de la ciudad. Junto con esta medida llegaron las terrazas abiertas, los aromas de curri, gambas, frutas tropicales, pescado frito. Y los pasos y sonidos de las actividades humanas que acallaron el canto de los pájaros e hicieron que se ausentaran las tórtolas, los gorriones y las urracas. Sólo las palomas y las cotorras argentinas continúan ocupando la arboleda del barrio y las antenas de los terrados.

Conclusiones

La crisis sanitaria ocasionada por el Covid-19 produjo, a nivel mundial, cambios drásticos en todas las esferas de la vida cotidiana de las personas; especialmente, de aquellas que habitan las grandes ciudades, no pensadas para armonizar las necesidades de la población con el entorno natural ni para proveer bienestar en tiempos de crisis. Y ese es el caso de L’Hospitalet de Llobregat, Barcelona; una urbe densa, cuya configuración urbana ha sido el resultado más de la necesidad que de la planificación con todo lo que ello ha implicado en términos de falta de calidad de vivienda, de bondad y cantidad de los espacios verdes, de la posibilidad de disfrutar de la casa y del entorno que la envuelve en óptimas condiciones.

El confinamiento constituyó un período duro para mucha gente que se vio de un día para otro encerrada en sus minúsculos pisos, no adecuados para la permanencia sino para el descanso precario después de las jornadas laborales; también desveló las grandes y graves desigualdades que existen en las ciudades, inclusive en aquellas del mal llamado “primer mundo”.

Uno de los efectos inmediatos del confinamiento fue el cambio en el paisaje urbano, una transformación en un doble sentido: en las modificaciones físicas que experimentó por la ausencia de las personas y, en la percepción éstas. En el primer caso, es evidente una vuelta de la naturaleza a su lugar de origen así que el canto de los pájaros no sólo fue un regalo del silencio de la calle sino un hecho real: estaban en las ramas de los árboles, en las antenas de los terrados, en las plazas y calles solitarias, en los bancos, en los parques infantiles, en el cielo azul de la primavera. Pero hubo más cambios: el paisaje físico cultural (calles, parques, mobiliario urbano) también se

modificó mediante una señalética desarrollada desde las urbs para controlar el comportamiento de la gente bajo la excusa de evitar el contagio.

Y en el segundo caso, si bien es cierto que el confinamiento permitió percibir de otra manera lo que había en el exterior también lo es que posibilitó la agudización de los sentidos de tal suerte que salir de casa se convirtió en la vida misma. De ahí esa nueva mirada a los elementos del paisaje en todas sus facetas (sonoro, visual, olfativo...). Salir era la única manera de volver a esa “antigua normalidad” que aún hoy se ve tan lejana.

Referencias bibliográficas

Ajuntament de L'Hospitalet (2019). Dades estadístiques, Anuari estadístic. Recuperado de:

<https://www.lh.cat/utills/obreFitxer.aspx?Fw9EVw48XS4MxqazC5xhTfoBiQNRqazCgVYz2gdNqazAe6Nrt29YqazB>

Azevedo, J., Luque, S., Dobbs, C., Sanesi, G. y Sunderland, T. (2020). The ethics of isolation, the spread of pandemics, and Landscape Ecology. *Landscape Ecol* 35, pp. 2133–2140. DOI: 10.1007/s10980-020-01092-8

Banco Mundial (s.f.) Población urbana (% del total). Recuperado de: <https://datos.bancomundial.org/indicador/SP.URB.TOTL.IN.ZS>

Briceño-Avila, M. (2018). Paisaje urbano y espacio público como expresión de la vida cotidiana. *Revista de Arquitectura*, 20 (2), 10-19.

DOI: 10.14718/REVARQ.2018.20.2.1562

Cedeño-Pérez, M.C. (2006) Relaciones sociales y prácticas de apropiación espacial en los parques públicos urbanos. (El caso del Parc de Les Planes de L'Hospitalet de Llobregat - Barcelona). Tesis doctoral. Universidad de Barcelona. Recuperado de: <http://hdl.handle.net/2445/35202>

Generalitat de Catalunya (2017) Anàlisi sistemes zones verdes/espais lliures. Recuperado de:

https://territori.gencat.cat/web/.content/home/o6_territori_i_urbanisme/o7_observatori_territori/informes_estudis/urbanisme/potencial_planejament/

Sistema-de-zones- verdes.pdf

Goffman, E. (1979) Relaciones en público. Madrid: Alianza Editorial

Lawanson, T., Foley, L., Assah, F., Mogo, E., Mapa-Tassou, C., Ogunro, T., Onifade,

V. y Oni, T. (2020): The urban environment and leisure physical activity during the COVID-19 pandemic: a view from Lagos. Cities & Health. DOI: 10.1080/23748834.2020.1806459

Peinado, F. (2020) La difícil desescalada en los barrios más densos de Madrid y Barcelona. El país. En:

<https://elpais.com/sociedad/2020-05-11/la-dificil-desescalada-en-los-barrios-mas-densos-de-madrid-y-barcelona.html#:~:text=La%20m%C3%A1s%20saturada%20de%20Europa,en%20Bilbao%2C%20Gij%C3%B3n%20y%20Zaragoza>

Pérez, E. (2000) Paisaje Urbano en Nuestras Ciudades. Bitácora, 4 (1), pp. 33-37

Ruiz Marull, D. (2018). España, el país de Europa 'con mayor densidad' de población. La Vanguardia. En: <https://www.lavanguardia.com/vida/20180126/44292753470/espana-europa-densidad-poblacion-estudio-barcelona-madrid.html>

Samuelsson, K., Barthel, S., Colding, J., Macassa, G. y Giusti, M. (2020) Urban nature as a source of resilience during social distancing amidst the coronavirus pandemic. Landscape and Urban Planning. Preprint DOI: 10.31219/osf.io/3wx5a

Vidal i Mansà, M. (2013). Arquitectura y urbanismo en la conurbación barcelonesa. Ramon Puig Gairalt, arquitecto municipal de l'Hospitalet de Llobregat (1912-1937). On the waterfront. Vol. 18, núm. 2. Pp. 4-46

Villaescusa, F. (2019) L'Hospitalet de Llobregat: la ciudad más densa de Europa. Entrada de blog, abril de 2019. Recuperado de: <https://franvillaescusa.com/lhospitalet-ciudad-mas-densa-europa/>

Waterman, T. y Wall, E. (2013) Un diálogo con el paisaje: proyecto, representación y proceso", Urban NSO5, pp 37-48

Xie, J., Luo, S., Furuya, K. y Sun, D. (2020) Urban Parks as Green Buffers During the COVID-19 Pandemic. Sustainability, MDPI, Open Access Journal, 12(17), pp. 1-17. DOI: 10.3390/su12176751